

Facultad de Ciencias Sociales
X jornadas de investigación

Derechos humanos, seguridad y violencia

13 y 14 setiembre de 2011



Constelaciones temáticas para una crítica de la concepción espacial socio-política moderna

Fernando Beresñak



**X Jornadas de Investigación
de la Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República
(Montevideo, 13-14 de setiembre de 2011)**

- **Título de la ponencia:** “Constelaciones temáticas para una crítica de la concepción espacial socio-política moderna”

- **Nombre del autor:** Fernando Beresñak

- **Afiliación institucional:** Instituto de Investigación Gino Germani - UBACyT

- **Correo electrónico:** beresnakfernando@hotmail.com

- **Resumen:**

Jean-Pierre Vernant y otros grandes estudiosos de la antigüedad nos han recordado que, por aquél entonces, las relaciones humanas –sociales y políticas- empezaban con una métrica, una organización del espacio que, estableciendo distancias, justas y geométricas distancias, sostenía la ciudad como entidad política.

Sin embargo, las relaciones teóricas entre las concepciones espaciales de algunos de los más importantes autores modernos (Newton, Leibniz, Kant, Hegel) ha sido un tema, casi exclusivamente, de discusión filosófica. En este ámbito, sólo en escasas oportunidades encontramos menciones a lo que, paralelamente, ocurría en el modo de concebir, organizar y experimentar el espacio social y político moderno.

Por eso, consideramos que resta aún indagar las específicas vinculaciones que las concepciones espaciales de algunos filósofos modernos mantienen con las modalidades de conformación del espacio estrictamente socio-político en donde se desarrolló –y se desenvuelve- eso que llamamos vida humana.

En ese sentido, continuando algunas sugerencias de Michel Foucault, retomaremos el análisis del problema –filosófico, social y político- espacial con el claro objetivo de repatriarlo, como problemática fundamental, al terreno de la teoría política. A partir de allí, podremos observar lo que aquél tiene para ofrecernos como herramienta de análisis del mundo contemporáneo.

- **Tres palabras clave:** espacio – política - modernidad

*“Constelaciones temáticas para una crítica
de la concepción espacial socio-política moderna”¹*

Por Fernando Beresñak

(IIGG-UBACyT)

Jean-Pierre Vernant (1962) y otros grandes estudiosos de la antigüedad nos han recordado que, por aquél entonces, las relaciones humanas –sociales y políticas- empezaban con una métrica, una organización del espacio que, estableciendo distancias, justas y geométricas distancias, sostenía la ciudad como entidad política.

Sin embargo, las relaciones teóricas entre las concepciones espaciales de algunos de los más importantes autores modernos (Descartes, Newton, Leibniz, Kant, Hegel) ha sido un tema, casi

¹ Trabajo presentado en las X Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo, 13-14 de setiembre de 2011.

exclusivamente, de discusión filosófica. En este ámbito, sólo en escasas oportunidades encontramos menciones a lo que, paralelamente, ocurría en el modo de concebir, organizar y experimentar el espacio social y político moderno.

Por eso, consideramos que resta aún indagar las específicas vinculaciones que las concepciones espaciales de algunos filósofos modernos mantienen con las modalidades de conformación del espacio estrictamente socio-político en donde se desarrolló –y se desenvuelve- eso que llamamos vida humana.

En ese sentido, continuando algunas sugerencias de Michel Foucault (1994), retomaremos el análisis del problema –filosófico, social y político- espacial con el claro objetivo de repatriarlo, como problemática fundamental, al terreno de la teoría política (aunque, vale aclarar, sin pretender un giro o un retorno a la antigüedad, sino tratando de encontrar la especificidad del problema espacial para nuestro tiempo). A partir de allí, podremos observar lo que aquél tiene para ofrecernos como herramienta de análisis del mundo contemporáneo.

El siglo XX ha sido un escenario socio-político paradigmático para comprender la especial relación entre las categorías “tradicionales” del sujeto en la modernidad y el modo en que se presenta y ejerce la política. Durante él, se han ensayado distintos modos de concebir al sujeto y de abordar la organización socio-política de sus vidas (comunismo, socialismo, nacional-socialismo, capitalismo, neo-capitalismo). Ello, con resultados diversos y, en su gran mayoría, extremadamente problemáticos. El sujeto ha sido llamado o ubicado en distintas posiciones que no han obtenido, en ningún caso, la solución a los problemas que ellas planteaban; a tal punto que, todas (“como apoyo” o “como resistencia” al Estado y/o a otras formas del poder), parecen haber perdido su consistencia. Frente a dicha situación, y con el avance del fenómeno de la globalización en las últimas décadas, el estatuto de los individuos en las sociedades contemporáneas se encuentra en un estado crítico y de difícil determinación.

En el interior de este marco, los modos en que la noción de sujeto político ha sido problematizada por los autores contemporáneos (tales como Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Michel Foucault) resultan ser claves para poder abordar, analizar y comprender dichas complejidades, así como para indagar sobre posibles interrogantes y propuestas que apunten a resolver la situación descripta.

Si bien en el presente trabajo haremos un énfasis en lo que la teoría del sujeto moderno le debe a las concepciones sobre el espacio de la época, no nos introduciremos en los pormenores científicos de aquellas, sino solamente en tratar de captar las implicancias políticas que conllevan algunos de sus diversos aspectos.

Ahora bien, durante el siglo XX han sido muchos los intelectuales que apreciaron la importancia

del espacio para la contemporaneidad (Gastón Bachelard; Giacomo Marramao; Peter Sloterdijk; Marco Giovanelli; Alexandre Koyré). En una dirección más específica, una gran mayoría ha señalado la necesidad de revisar las teorías que sobre el problema espacial se habían realizado en la modernidad, en tanto que aquél período parece haber sido determinante en la constitución, no sólo teórica, sino también práctico socio-política, del espacio (Foucault, Koyré, Merleau-Ponty).

Ello, sin menospreciar los aportes que –con una mirada retrospectiva-, sobre ella habrían realizado una larga, compleja y para nada regular tradición, la cual alcanzaría hasta las primeras reflexiones sobre el problema de lo numérico (LIZANO, 2009).

Partiendo entonces del necesario recorte histórico que enmarca la modernidad –sólidamente sostenido en el análisis realizado por los autores mencionados-, a continuación repasaremos algunos de los principales aspectos de tal período que nos interesa rescatar para nuestra investigación.

Si bien focalizaremos el eje del análisis en dos autores centrales para la filosofía, como lo son Immanuel Kant y Georg W. Friedrich Hegel, también mencionaremos algunas pocas aspectos de las concepciones sobre el espacio de otros pensadores que han sido fundamentales para que los dos primeros hayan podido construir una sólida discusión teórica (entre ellos, podemos mencionar a Leibnitz, Newton –sobre todo en el caso de Kant- y Schelling –en lo que respecta a Hegel-).

Más allá de su amplio y un tanto difuso recorrido teórico, suele afirmarse que la obra de Kant encuentra su punto más alto en *Crítica de la razón pura*. Si bien compartimos esta premisa, sobre todo en lo que respecta a la construcción de su gnoseología, no debemos reducirnos a lo que allí acontece. Por ello, no podremos dejar de mencionar los siguientes dos aspectos de la obra kantiana.

Por un lado, tomar en consideración las numerosas y ricas reflexiones que Kant ya había escrito sobre el espacio, mucho antes de aquella monumental obra; lo cual nos permitirá rastrear sus antecedentes conceptuales y comprender con mayor profundidad los rasgos de su pensamiento espacial. Por ejemplo, en 1749 *Sobre la apreciación verdadera de las fuerzas vitales*, en 1755 *Nueva disquisición sobre los primeros principios del conocimiento metafísico* y *Sobre el uso en filosofía de la metafísica junto a la física*, en 1758 *Concepción nueva del movimiento y del reposo*, en 1768 *Primer fundamento de la diferencia de las regiones del espacio*, en 1770 *Disertación sobre la forma y principios del mundo sensible e inteligible*, en 1777 *Ensayos filosóficos sobre la naturaleza humana*, y otros (BRÉHIER, 1942).

Y, por otro lado, no se podrá obviar el hecho de que su teoría se desarrolló en el seno de una discusión teórica provenientes de las respectivas y enfrentadas posiciones de Leibnitz y Newton respecto del espacio (lo cual, Kant parecería intentar no querer explicitar –aunque quizás tampoco ocultar- durante sus exposiciones en *Crítica de la razón pura*).

En una carta a Bartholomaeus Des Bosses del 16 de junio de 1712, Leibniz escribía la siguiente: “El espacio es el orden de coexistir, o sea, el orden de existir en los que son simultáneos” (LEIBNIZ, 1715). Esta definición encuentra una explicitación un poco más clara durante el largo intercambio epistolar que mantuvo con Samuel Clarke, discípulo directo de Newton; seleccionamos el siguiente fragmento a los simples fines de clarificar la definición anterior: “He señalado más de una vez que tenía al espacio por algo puramente relativo, al igual que al tiempo; por un orden de las coexistencias, al igual que el tiempo es un orden de las sucesiones. Pues el espacio señala en términos de posibilidad un orden de las cosas que existen al mismo tiempo, en tanto que existen conjuntamente, sin entrar en sus maneras particulares de existir” (LEIBNIZ, 1716).

Por su parte, Newton² -aunque antes Henry Moore³- había desarrollado otra perspectiva del espacio, partiendo de la idea –y en esto coincidirá luego Kant (PONER REFERENCIA)-, “de que no se puede pensar una cosa sin pensar el espacio, pero sí se puede pensar el espacio sin pensar algo en él” (PONER REFERENCIA). Esta dualidad que genera Newton es consecuencia de sus avances físicos en lo relativo a la atracción de todos los cuerpos; las leyes físicas, que no se observan en el mundo material (es decir, el espacio material), tienen también entidad real en el espacio absoluto ideal (en Newton, el espacio en sentido estricto). ¿Cómo conciliar estos dos espacios en nuestra reflexión? Este autor inglés intentará apaciguar este problema fomentando el avance de una revolución científica de la que aún somos herederos; nos dice: “No os preocupéis por las formas sustanciales y las cualidades ocultas, sino referid los hechos naturales a leyes matemáticas. Lo que interesa es desarrollar la matemática en relación con la ciencia natural” (BRÉHIER, 1942).

Es así que Leibniz, por un lado, concebirá el espacio como el juego de relaciones que existen entre las cosas, mientras que Newton intentará otorgar al espacio una entidad físico matemático y distinto del mundo material, aunque conteniendo a éste de manera absoluta.

² Quizás sea necesario aquí aclarar aquí que, Descartes, antes que Newton, ya había formulado una concepción espacial del espacio como real, aunque diferente en el sentido de que identificaba espacio y materia, cosa que Newton -aunque primero Henry More- no acepta (DESCARTES, 1976).

Descartes dice que la “naturaleza de un cuerpo no consiste ni en su peso, ni en su dureza, ni en su color, sino únicamente en su extensión. La materia es una sustancia extendida en largo, ancho y profundidad, resultando imposible concebir ningún añadido a la extensión o a la cantidad, sin que se añada una sustancia que tenga cantidad y extensión. La cantidad y el número difieren únicamente en el pensamiento (*ratione*) de lo que tiene cantidad y está numerado. Es imposible que incluso la más pequeña parte de una cantidad o una extensión pueda quitarse, sin quitar una cantidad igual de sustancia, así como no se puede quitar la más pequeña parte de una sustancia, sin disminuir, por la misma proporción, su cantidad y su extensión. Es contrario a la razón afirmar que hay un vacío o un espacio en el que no hay absolutamente nada, siendo imposible que la nada posea extensión. Si hay extensión, hay necesariamente sustancia. Henry More no acepta la tesis cartesiana de que toda extensión es extensión de algo material. Según More, Dios podría aniquilar la cantidad de materia contenida en un recipiente, creando así un vacío, cuyas dimensiones pueden medirse con base en las dimensiones del recipiente. A este argumento contesta Descartes que si Dios removiera todo cuerpo contenido en un recipiente, sin permitir que su lugar sea ocupado por otro cuerpo, entonces los lados del recipiente se harán inmediatamente contiguos. La distancia es un modo de la extensión y no puede existir sin sustancia externa” (LÓPEZ FERNÁNDEZ, 1998).

³ Esta tesis fue tomada por Newton, aunque sin reconocerlo, de More (KOYRÉ, 1957). Como es sabido, luego la utilizará Kant a los simples fines de poder establecer un espacio que no dependa de los objetos, oponiéndose así a la concepción leibniziana del espacio como determinaciones o relaciones entre las cosas.

Veremos como las respectivas posiciones de estos dos autores (las cuales se enfrentaron, muchas veces, en relación a la teología y el gobierno del mundo (KOYRÉ, 1957)), delimitaron, en parte, el camino que luego, aunque de una manera original y con claros resabios teológicos, desarrollaría Kant en la parte titulada “La estética trascendental” de *Crítica de la razón pura* (KANT, 2007).

El movimiento teórico que Kant realiza para incorporar el espacio y el tiempo como formas a priori de la sensibilidad es sumamente interesante de analizar. Ello, ya que si bien ahí, no quita realidad al espacio y al tiempo, les otorga una doble posibilidad real; es decir, establece dos dimensiones para el espacio y dos para el tiempo, ambas plenamente reales, pero una de ellas accesible al sujeto –y sólo al sujeto- y otra por fuera de éste, a la cual es imposible acceder. La operación de Kant, fantástica en sí misma –en todos los sentidos que la palabra fantástica conlleva consigo-, crea dos realidades: una para el sujeto y otra para lo que él llamará el noumenon o realidad en sí. De esta manera, Kant rompe el universo, partiéndolo en dos: separa al ser humano del mundo al cual pertenece. El ser humano sólo podrá conocer ese espacio que él, a priori, ya tiene consigo. El resto, el otro espacio, el espacio real en sí, no será una dimensión de la que el hombre pueda participar mediante sus propias capacidades, sino que será sometido irremediabilmente a un participar de aquél como en un mundo extraño. El espacio será una forma a priori de la sensibilidad del sujeto. El ser humano kantiano, el sujeto kantiano, es un ser que no vive su propio mundo, sino que lo observa desde otra dimensión, el cuál, al decir de Kant, es su propio mundo (KANT, 2007).

Todo esta operación, otra vez, fantástica, tiene la particularidad de dejar al hombre en una situación bastante paradójica, en un tiempo por demás particular: en el mismo momento que el hombre parece distanciarse de la teología, en el mismo tiempo que el ser humano parece dejar de pertenecer a un mundo escindido en dos, en alma y cuerpo, en cielo y tierra, en el tiempo mundano y el tiempo después del juicio final, en ese mismo período, Kant parte al medio al ser humano, separándolo de lo que es su mundo.

Es esta doble realidad, pero sobre todo aquella que para Kant no es accesible para el ser humano, la que le incomodará a Hegel. En esa dirección, el sistema de Hegel, que intenta “sustituir la [lógica] tradicional, se plantea, como dice la Introducción [de la *Fenomenología del espíritu*], el problema procedente de la gnoseología kantiana, cuyo dualismo, de pensamiento y ser, cerraba el tránsito de nuestra conciencia al ser en sí (o noumenon). Hegel rechazará ese dualismo y el fantasma de lo incognoscible, afirmando que el pensamiento es el ser o noumenon verdadero. Sin embargo, debemos conocerlo; lo que no se logra con aceptar empíricamente las determinaciones del pensamiento, ofrecidas por la lógica tradicional, sino con engendrarlas y coordinarlas mediante el movimiento dialéctico del pensamiento mismo” (MONDOLFO, 1993).

Así, atrapado en la celda que cuidadosamente había construido Kant para toda filosofía posterior, Hegel realiza otra operación filosófica, por lo demás genial: transformar esa realidad a la cual el sujeto puede acceder en la única realidad posible. Es decir que, de esa celda, Hegel vuelve a hacer un mundo; pero un mundo que no será el mismo que antes, ya que no incluirá al espacio sensible, a aquél espacio de la realidad en sí, sino volviéndolo una instancia más del sujeto. Si para Kant había un mundo –aunque inaccesible- por fuera del pensamiento del ser humano, Hegel hará del pensamiento el mundo mismo, incluyendo allí toda posible realidad. Es decir, Hegel reducirá todo espacio a lo que el pensamiento dice de él; transformará al espacio, incluso a aquél que Kant había dejado en la dimensión sensible, a lo que ocurre en la esfera del lenguaje y el pensamiento. El hombre hegeliano vive en el lenguaje porque este abarca, contiene y explicita, en su totalidad, el todo de lo humano, incluso su dimensión sensible⁴.

Si bien es cierto que Hegel referirá al espacio, sólo lo hará como una esfera de la filosofía de la naturaleza. De esta manera, la concepción de espacio -llamémosla- natural –o, como muchas veces lo hace él, lo real finito-, no tiene contacto con la dimensión pensante y, por ende, con la posibilidad de pensar el ser. Así, entonces, el espacio tampoco tiene contacto con el ser⁵.

En definitiva, si se puede decir que Kant hablaba de una doble realidad espacial, una accesible al ser humano mediante su propia forma a priori de la sensibilidad y otra externa e inaccesible al ser humano, Hegel construirá una sola realidad espacial, pero reduciéndola a lo que el lenguaje dice de ella. En este camino, el espacio psicofisiológico sensible –al cual se había afrontado Kant para despojarlo del sujeto-, en Hegel pierde su lugar en el mundo teórico. El espacio psicofisiológico sensible se desvanece, desapareciendo de la reflexión filosófica, y acude a su encuentro –y en silencio- una irreflexiva práctica socio-política que, ingeniosamente, no dejará por todo ello de gestionar el espacio.

Se trata de un abandono del espacio del afuera, a través del cual, en nuestra perspectiva, se afecta psicofisiológicamente el ser humano; ello, en oposición al espacio del adentro, aparentemente resguardado, del sujeto (de todas maneras, es necesario aclarar aquí que nuestra posición aboga por una deconstrucción de esa dualidad espacial, en beneficio de una filosofía no antropomórfica; sin

⁴ Para profundizar esta vasta y compleja problemática que, en la obra hegeliana, se teje sobre el vínculo entre el lenguaje y la dimensión sensible, así como con el pensamiento y el nivel de conciencia, remitimos al excelente análisis que el filósofo alemán Josef Simon ha llevado a cabo a mediados de la década de 1950 (SIMON, 1982).

⁵ Para un correcto análisis del concepto de espacio en Hegel, es preciso partir, aunque sea esquemáticamente, de las concepciones más importantes de su época, entre las cuáles se discutía arduamente en las esferas centrales del conocimiento científico. Ellas eran, en términos más que generales y a modo de vaga recapitulación, las siguientes: “(1) Espacio y tiempo son cada una cosa, en dónde otras cosas están contenidas. Esta perspectiva estaba asociada a Newton. (2) Espacio y tiempo son atributos de las cosas, mirada cercana a Aristóteles. (3) Espacio y tiempo son relaciones entre cosas, concepción iniciada por Leibniz. (4) Espacio y tiempo son “formas [puras] de nuestra sensibilidad” y, así, “trascendentalmente ideales”; nosotros imponemos esas formas a las intuiciones. Sólo los fenómenos, y no las cosas en sí mismas, están en el espacio y en el tiempo. Ésta es la perspectiva de Kant” (INWOOD, 1994; la traducción al castellano pertenece al autor del presente texto).

embargo, por ahora, seguiremos utilizándola momentáneamente a los fines de este trabajo).

Ahora bien, ese espacio gestionado del afuera, administrado en parte, es el que ha pretendido estudiar Michel Foucault, tratando de teorizarlo de diversas maneras: como heterotopías, como prácticas no discursivas, como partes de los dispositivos (como por ejemplo, la distribución espacial y temporal de la disciplina moderna de las instituciones de encierro).

El análisis foucaulteano, que lleva adelante una crítica del espacio recortado por una mirada soberana, quizás poco comprendido, tiene su respaldo teórico en muchos autores que han formado parte de su bajage intelectual. Entre ellos, y en primera medida, podemos encontrar a Nietzsche

Este problemático filósofo alemán -quien se había nutrido de una importante corriente neokantiana que intentaba superar la filosofía hegeliana a partir de una lectura en clave psicofisiológica (GONZÁLEZ VARELA, 2010)- habría sido, sino el primero, al menos sí uno de los más reconocidos filósofos en cuestionar esta solidaridad entre lenguaje, conciencia, tiempo y ciencia, la cual parecería sellarse sobre sí misma, no dando lugar a otras dimensiones que este autor también pretendía legitimar, como lo son el espacio y lo sensible. Nietzsche ha llevado adelante una serie muy importante de críticas al modo en que se ha comprendido el espacio moderno, intentando reivindicar una espacialidad compuesta de fuerzas en conflicto.

Esta crítica, que resonaría -aunque subterránea y diversamente- en una gran parte de la filosofía francesa de segunda mitad de siglo XX, ya había comenzado a cobrar nuevamente su luz, aunque de una manera bastante diferente, en la primera mitad de dicho siglo, en –lo que muchos autores han denominado- la “segunda etapa” de Martín Heidegger (1954 y 2007)-; autor por lo demás influyente en la obra foucaultea y en su contexto intelectual francés.

Sin embargo, Nietzsche y Heidegger no han sido los únicos que han nutrido estas ideas que supieron inspirar al filósofo francés. También encontramos un reconocimiento explícito de Foucault a la obra de Bachelard (FOUCAULT, 1994), quién ha sido el inspirador de su concepto de microfísica (BACHELARD, 1940). La crítica al espacio métrico euclidiano –aunque no reducido exclusivamente a éste- que realizara Bachelard, es fundamental para comprender la operación foucaultea que, en propias palabras de su autor, ha decidido estudiar el espacio del afuera, en “oposición” o, mejor dicho, a favor de una deconstrucción del espacio del adentro o del sujeto.

Si las prácticas discursivas y no discursivas, en la obra foucaultea, parecen confundirse, no se debe ello a un problema teórico no resuelto, ni a una reducción de las mismas a lo discursivo o al sujeto, sino a una deconstrucción del espacio dividido (Kant) o puramente lingüístico (Hegel), en beneficio de una espacialidad compuesta por una multiplicidad de fuerzas, de cuyos conflictos surgen tensiones que se materializan y que pueden ser estudiadas bajo lo que Foucault ha denominado el materialismo de lo incorporal (FOUCAULT, 1970).

Esta operación de Foucault, no reduce al ser humano a una mera animalidad corpórea, sino que es mucho más profunda y compleja, si se la analiza en la ontología subterránea que arrastra y si se la deja fluir hasta sus últimas consecuencias: por un lado, deconstruye al ser humano y al animal en composiciones o constelaciones de fuerzas en conflicto, aunque con complejidades diversas que, evidentemente, alcanzan la dimensión material; y, por otro lado, no deja por ello de habilitar la posibilidad de que las diversas constelaciones de fuerzas en conflicto, como el animal o el ser humano -u otras-, sean capaces de acceder a diversas dimensiones -con diversos grados de complejidad, tales como la sensibilidad, el ingenio, la imaginación, el placer, el pensamiento, el amor-. Todas estas constelaciones de fuerzas y dimensiones, que interactúan unas con otras en esa misma espacialidad a la cual pertenecen, participan de un sustrato primordial, el cual llamamos por ahora quizás un poco vagamente, relaciones de fuerza (FOUCAULT, 1994 y 1976); y es justamente gracias a ese -llamémoslo- sustrato primordial, gracias al hecho ontológico de que todos participan del tener la entidad de ser relaciones de fuerzas, que unas pueden entrar en contacto con otras y conformar constelaciones y tensiones que producen nuevas y quizás impensadas dimensiones a través de las cuales habitamos el mundo -algunas de las cuales, ya dijimos, son la sensibilidad, el ingenio, la imaginación, el placer, el pensar, el amor-.

Ahora bien, volviendo a nuestro recorrido histórico, es posible notar que, como si fuera a través de un conducto por fuera del espacio y del tiempo tradicional⁶, ha arribado a estos autores contemporáneos una idea para comprender el espacio que había quedado golpeando las puertas y quedando fuera de la reflexión teórica moderna que han llevado adelante Leibniz, Newton, Kant y luego Hegel: si para Leibniz el espacio era las relaciones entre las cosas y para Newton una instancia ajena a la materialidad -la cual Kant interiorizará como forma a priori de la sensibilidad en el sujeto-, y si Hegel hará del espacio sólo una dimensión del lenguaje, es posible comprender que estos filósofos no hayan pensado el espacio -inclusive las cosas- como una composición de relaciones de fuerzas. En vez de relaciones entre cosas, algunos contemporáneos, aunque tímidamente, abogarán tímidamente por pensar el espacio en términos de puras relaciones que, en tanto conflictivas, pueden generar tensiones tales que producen eso que llamamos cosas, seres vivos, así como también discursos, pero nunca dejando de ser, en sí mismas, composiciones de fuerzas.

Ahora bien, Foucault no ha sido el único en ser influenciado por esta matriz teórica que rápidamente hemos resumido; aunque quizás haya sido el que la arrastró a un estudio de las

⁶ Deberíamos precisar esa afirmación, diciendo que existen varios autores que, de diversas maneras -y aún en perspectivas que no son las nuestras-, han ido alimentando esta otra dirección en la cual parece funcionar subterráneamente la idea de una filosofía por fuera de la conciencia de la teoría del sujeto moderno; entre ellos, podríamos nombrar algunas ideas desarrolladas por Baruch de Spinoza, Paul-Henri Thiry d'Holbach, Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling.

prácticas socio-políticas.

En su mismo contexto intelectual, encontramos a Deleuze, quien quizás haya sido el que haya intentado llevar a su máxima expresión filosófica estas reflexiones sobre la espacialidad (GALVÁN RODRÍGUEZ, 2007).

Por otro lado, también observamos en la primera parte de la producción de la obra de Derrida, numerosas reflexiones que parecen, aunque en una dirección distinta, poner de relieve una deconstrucción del espacio tal como lo comprendemos, a favor de una fuerza o raíz diferenciante que espacializa y temporaliza eso que llamamos espacio y tiempo, con cierta expectativa en formar una cadena, un sistema, que no haya gobernado nunca (DERRIDA, 1998).

En definitiva, consideramos que se puede tejer un camino por algunos de los más importantes autores de la filosofía moderna, dando cuenta de que los mismos han ido poco a poco, por diversas causas o razones, reduciendo el espacio –y la dimensión sensible- a lo que posibilita la dimensión del lenguaje y, a través dicha operación, subordinando el primero a la conciencia y a la temporalidad. Todo lo cual, habría estado ligado a una progresiva alineación conceptual, teórica y socio-política que ha traído notables consecuencias para la teoría del sujeto y para la historia de las prácticas socio-políticas de, por lo menos, los últimos dos siglos, a las cuales se ha dedicado a estudiar la filosofía francesa de finales del siglo pasado.

Lo que está puesto en juego en esta investigación, como en todas aquellas obras que los autores mencionados llevaron adelante –sea explícita o implícitamente-, es continuar con la reflexión sobre el significado de la politicidad del espacio a través de un estudio de los modos en que se han constituido las diversas teorías del sujeto.

Ello, ya que el desplazamiento de la importancia de la dimensión sensible y espacial en la construcción de la teoría del sujeto moderno, jugaría un rol fundamental –como interiorización de un desdoblamiento antes operado por la teología- en el modo de dar respuesta a lo que, aparentemente, en la modernidad, constituiría una nueva concepción del mundo –y del ser humano que en él habita- no regulada por aspectos divinos.

Una repolitización del espacio, así como también de la dimensión sensible, permitiría una nueva crítica del sujeto moderno, así como una reelaboración de la teoría del sujeto para un análisis más adecuado de la contemporaneidad.

Referencias bibliográficas:

- BACHELARD, Gastón (1940) *Filosofía del no. Ensayo de una filosofía de un nuevo espíritu científico*. 2003. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- BRÉHIER, Émile (1942) *Historia de la filosofía. Tomo II*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.

- DESCARTES, René (1976) *Philosophical Works of Descartes*. Capek: Dover N.Y.
- DERRIDA, Jacques (1998) “La Differance” en *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Ed. Cátedra.
- FOUCAULT, Michel (1970) *El orden del discurso*. 2008. Buenos Aires: Ed. Tusquets.
- FOUCAULT, Michel (1976) *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber*. 2002. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, Michel (1994) *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. 2010. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- GALVÁN RODRÍGUEZ, Gustavo (2007) *Gilles Deleuze: ontología, pensamiento y lenguaje*. Granada: Ed. Universidad de Granada.
- GONZÁLEZ VARELA, Nicolás (2010) *Nietzsche contra la democracia. El pensamiento político de Friedrich Nietzsche (1862-1872)*. España: Ed. Montesinos Ensayos.
- HEIDEGGER, Martín (1954) *Construir, habitar, pensar*. 1997. Córdoba: Alción Editora.
- HEIDEGGER, Martín (2007) *El arte y el espacio*. 2009. Barcelona: Herder Editorial.
- INWOOD, Michael (1994) *A Hegel Dictionary*. Great Britain: Blackwell Publishers.
- KANT, Immanuel (2007) *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Ed. Colihue.
- KOYRÉ, Alexandre (1957) *Del mundo cerrado al universo infinito*. 2008. México: Siglo XXI Editores.
- MONDOLFO, Rodolfo (1993) “Prólogo” en HEGEL, G. W. F. *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ed. Solar.
- LEIBNIZ, Gottfried Wilhelm (1715) *Initia rerum mathematicarum metaphysica*. GM VII, 18. Citado en: ROVIRA, Rogelio (2006) *Léxico fundamental de la Metafísica de Leibniz*. Madrid: Ed. Trotta.
- LEIBNIZ, Georg W. (1716) *Tercera carta a Samuel Clarke, 25 de febrero de 1716*. N°4, GP VII, 363. Citado en: ROVIRA, Rogelio (2006) *Léxico fundamental de la Metafísica de Leibniz*. Madrid: Ed. Trotta.
- LIZCANO, Emmánuel (2009) *Imaginario colectivo y creación matemática. La construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, Álvaro (1998) *Conciencia y juicio en Kant*. Río Piedras: Decanato de Estudios Graduado e Investigación de la Universidad de Puerto Rico.
- SIMON, Josef (1982) *El problema del lenguaje en Hegel*. Madrid: Ed. Taurus.
- VERNANT, Jean-Pierre (1962) *Los orígenes del pensamiento griego*. 2008. Buenos Aires: Ed. Paidós.

Organiza:
Comisión de Investigación Científica



Apoya:

